

LA CIUDAD DIVIDIDA. EL TERRITORIO DE LA INFORMALIDAD COMO CAMPO AFECTIVO

MÓNICA AUBÁN BORRELL

Universitat Politècnica de Catalunya

RESUMEN: La naturaleza contradictoria de las áreas informales abre un espacio para reflexionar acerca de las complejas implicaciones de la ciudad actual. Este artículo propone una lectura afectiva que posibilite una reconsideración de las condiciones negativas que determinan a la ciudad informal, reorientando la búsqueda de transformaciones efectivas sobre estos territorios. La aproximación al caso de Río de Janeiro permitirá profundizar en la relación individuo-territorio para resituar la dimensión subjetiva de la ciudad como un factor clave en la articulación socioespacial de la informalidad.

PALABRAS CLAVE: ciudad informal, campo afectivo, *Favela-Bairro*, territorialidad vivida.

THE DIVIDED CITY: THE TERRITORY OF INFORMALITY AS AN AFFECTIVE FIELD

ABSTRACT: The contradictory nature of informal settlements open up a space to think about the complex implications of the contemporary city. This article proposes an affective reading which will enable a reconsideration of the negative conditions that define the informal city, with the aim of reorienting the research of effective transformations within these territories. An approach to the case of Rio de Janeiro will allow delving into the individual-territory relationship in order to relocate the subjective dimension of the city as a key factor in the socio-spatial articulation of informality.

KEYWORDS: informal city, affective field, *favela-bairro*, lived territoriality.

Es preciso, ante estas ciudades, suspender el juicio hasta un día, hasta que repentinamente —o quizá poco a poco aunque esto apenas es creíble— tome forma una cosa que adivinamos que está presente y que no vemos, hasta que esa sustancia que se arrastra ahora por el suelo se solidifique, hasta que los que ahora ríen tristemente aprendan a mirar cara a cara a un destino mediocre y dejen vacías las grandes construcciones redondas o elípticas de cemento armado para recogerse en la intimidad estrecha de sus casas.

LUIS MARTÍN-SANTOS, *Tiempo de silencio*

La realidad desbordada de la ciudad contemporánea está componiendo un extenso paisaje fragmentado, cambiante y heterogéneo; un extenso paisaje de desigualdad y contradicción, en el que las intrincadas implicaciones que atraviesan y definen el contexto actual se materializan, dibujando un mapa de lugares —o no-lugares— intensos, recorridos por esa corriente impersonal a la que llamaremos afecto.¹ Afecto que nos gustaría pensar como esa sustancia que en *Tiempo de silencio* se arrastraba por el suelo, ese algo que adivinamos que está presente y que no vemos. Esa cosa que nos hace detenernos ante la ciudad para decir que sí, que es preciso suspender el juicio para empezar a pensar de nuevo.

Sin duda alguna, la expresión más visible de este paisaje contradictorio se encuentra en las denominadas ciudades informales. Escenarios límite de la vida urbana contemporánea, las ciudades informales se constituyen como un conjunto de asentamientos espontáneos, precarios y, en la mayoría de las ocasiones, sometidos a unas condiciones de vida hiperdegradadas, que, bajo las diversas denominaciones de *slums*, *shanty-towns*, *favelas* o villas miseria, se extienden globalmente, mediante una ocupación masiva y «pirata» del territorio.

El impacto que se oculta tras las cifras que acompañan la emergencia de la ciudad informal resulta muy útil para visualizar el verdadero alcance de estas manifestaciones urbanas. Estimaciones recientes de UN-HABITAT² han cifrado en 863 millones el número actual de habitantes en áreas informales, y consideran, además, que antes del año 2050 la población informal superará los 1.000 millones de personas.

La magnitud de estas cifras no solo sirve para visualizar el alcance de lo informal, sino que, también, consigue ilustrar perfectamente la contradicción bajo la cual la ciudad informal sigue expandiéndose. Sabemos que un tercio de la población urbana total reside ya en asentamientos hiperdegradados, y,

¹ A lo largo del artículo nos remitiremos a la noción de afecto que la filósofa Rosi Braidotti explora en su intento de afrontar las complejidades del contexto contemporáneo. Estableciendo una línea de continuidad con las aportaciones de los filósofos Gilles Deleuze y Baruch Spinoza, Braidotti pone en relación el afecto —entendido como corriente impersonal— con una potencia de acción que atraviesa la subjetividad, activando su capacidad para afectar o ser afectada (Braidotti 2014).

² Fundado en 1978 tras la celebración de la Conferencia Habitat I, UN-HABITAT es el organismo de las Naciones Unidas que tiene como objetivo el estudio de los asentamientos humanos.

sin embargo, estos asentamientos continúan constituyendo una geografía olvidada y al margen, una enorme cartografía de ciudades invisibles en la que la supervivencia ha de reinventarse casi a cada instante.

Situándonos, pues, en esta contradicción como punto de partida, se propone una lectura de la realidad informal como un mecanismo complejo, cuya configuración depende, en gran medida, de la articulación de los planos social, económico, político y, por supuesto, afectivo. La propuesta de esta lectura ampliada sobre la problemática de lo informal persigue operar un desplazamiento respecto a los planteamientos urbanos establecidos, especialmente de aquellos que surgen desde la disciplina arquitectónica. En este contexto, merece la pena destacar que las narrativas urbanas dominantes han estado tradicionalmente centradas en una definición casi evolucionista de la informalidad, como si de un simple modelo menor de desarrollo se tratara. Tristemente, la tipología informal sigue siendo considerada, hoy en día, una alteración de los sistemas convencionales de planificación, a la espera de ser corregida o, directamente, erradicada. Ante esta situación, debemos preguntarnos: ¿estamos realmente ante ciudades desechables?, ¿pueden las nuevas narrativas sobre la ciudad global ignorar la potencia de este fenómeno urbano?

Desde la década de 1970 son varias las voces que se han alzado en defensa de esta particular forma de crecimiento urbano, poniendo en valor la autogestión como posible solución al complejo problema de la vivienda.³ Las ciudades informales, con sus viviendas y calles improvisadas, configuran un vasto territorio no-hegemónico, en el que una lógica propia emerge, generando nuevas maneras de habitar que tratan de dar respuesta a las particulares condiciones que caracterizan a estos territorios fracturados. Asumir la realidad de la informalidad en toda su complejidad y, sobre todo, como una tipología de ciudad en sí misma, constituye, hoy en día, tanto un enorme reto, como una gran oportunidad para explorar modelos y prácticas alternativas. Para ello, las apro-

³ Debemos destacar, en este contexto, la aportación del arquitecto John F. C. Turner. Con una inspiración profundamente anarquista, Turner se convirtió en una de las figuras claves en la defensa de las actividades de construcción autogestionadas. Tras varios trabajos de campo e investigaciones desarrolladas en asentamientos informales, este arquitecto situó la autoconstrucción como respuesta eficaz al problema de la vivienda que ya en la década de los setenta desbordaba a gobiernos e instituciones. La propuesta de Turner se basó en promover soluciones que fomentaran la autonomía de los usuarios, convirtiendo a estos en gestores y ejecutores de su propia vivienda (Turner 1977).

ximaciones a la ciudad informal deben ir acompañadas de un cuidado riguroso, que aleje tanto los posicionamientos paternalistas, como las idealizaciones de unas condiciones de vida absolutamente precarias. El espacio de lo informal se presenta, así, como una pieza fundamental en el futuro desarrollo de la ciudad global.

1. HABITANDO EL LÍMITE

La presente reflexión considera que existe un profundo vínculo entre la acción de habitar y los procesos constitutivos de identidad. Es precisamente este profundo vínculo el que permite reorientar la mirada que proyectamos sobre la informalidad, para poner el acento sobre la dimensión afectiva que recorre estas ciudades.

Partiendo, entonces, de una lectura afectiva del espacio habitado, observamos cómo las condiciones hiperdegradadas que definen a los asentamientos informales multiplican la variación de intensidades derivadas de la vivencia del otro y del entorno inmediato. Al analizar estos territorios olvidados, nos topamos con múltiples factores negativos: familias hacinadas, ausencia de agua, electricidad o redes de saneamiento, escasez de baños públicos... La pobreza primaria⁴ que vertebra la ciudad informal supone un impacto directo sobre diversos factores socioafectivos, difícilmente cuantificables, pero que, sin duda alguna, implican alteraciones sobre los procesos identitarios.

Es evidente que el fenómeno de la informalidad no resulta, en absoluto, algo novedoso. Ya en el siglo XIX y, principalmente, desde el estallido de la Revolución Industrial, era frecuente encontrar relatos —entre románticos y oscuros— sobre estos núcleos de pobreza urbana. Y, si bien la exclusión social se ha mantenido como la marca característica de estos asentamientos, su evolución histórica ha estado determinada por un agravamiento de las condiciones negativas que señalan una diferencia característica en las ciudades informales postindustriales.

⁴ En 1910 el arquitecto y urbanista Patrick Geddes acuñó el término «pobreza primaria» en relación con las condiciones de vida en los *slums*. Geddes identificó este término con un tipo de pobreza material y psicológica; una pobreza que comporta serias dificultades tanto en el mantenimiento de la eficiencia orgánica, como en la posibilidad de activación de un deseo de transformación positiva del entorno inmediato (Geddes 2009).

El proceso de desindustrialización, unido a diversas estrategias económicas conjuntas del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) —entre las que destacan los programas de ajuste para la reestructuración de la deuda y las políticas de desregulación agraria—, han generado un éxodo masivo de una población, eminentemente rural, hacia unas ciudades sin la capacidad económica suficiente para integrar los nuevos flujos migratorios (Davis 2014).

La situación descrita implica, primeramente, un cambio fundamental en los modelos ortodoxos de expansión urbana. Estos modelos suponían que la reacción natural ante cualquier aumento en los niveles de recesión debía ser una ralentización del crecimiento. Pese al clima de crisis y fuertes recesiones que caracterizan el panorama global, asistimos en la actualidad a un aumento constante de la población urbana. Lo anómalo de esta situación ha dejado en jaque a gobiernos, equipos técnicos y urbanistas, que han sido incapaces de responder a las demandas de servicios y vivienda en unas ciudades que, sin el motor de la industria, se han visto económicamente colapsadas.

Además, el nuevo modelo de expansión urbana trae consigo una alteración de la relación entre el núcleo consolidado, o lo que podríamos considerar la ciudad, ampliamente aceptada y reconocida, y el área hiperdegradada, es decir, el lugar otro estigmatizado socialmente. Esta alteración resulta fundamental, ya que la incapacidad económica de los núcleos urbanos para asumir estas nuevas demandas ha delineado un panorama en el que, contrariamente a lo que ocurría hasta la primera mitad del siglo xx, el traslado a una periferia urbana ya no supone garantía alguna en el acceso al ciclo productivo. El débil lazo que podía existir entre quienes habitan los asentamientos informales y la ciudad queda completamente borrado cuando los primeros son rechazados incluso como fuerza de trabajo.

La condición de límite, propia de la informalidad, se ve entonces ampliada hacia un doble vínculo físico-subjetivo. El rechazo que experimentan los habitantes de los asentamientos informales no se restringe solamente a su mera situación en el borde mismo de las ciudades, sino que además su expulsión del ciclo económico —principalmente mediante el bloqueo laboral— imposibilita la participación en la vida de la ciudad en sus distintos niveles: político, cultural, social, lúdico o educativo.

Asistimos, hoy en día, a un proceso de precarización global, que desde la perspectiva urbana está transformando el vivir en el margen, característico de la ciudad informal, en un vivir al margen. La extraterritorialidad impuesta

a aquellos que habitan al otro lado del límite hace emerger verdaderos traumas urbanos, y es en este panorama de dislocación socioespacial donde la aparición de subjetividades fracasadas parece inevitablemente garantizado. La negatividad que ahoga al habitante de la ciudad informal debilita la potencia de acción que ha sido asociada al afecto, dificultando enormemente la relación con unas ciudades consolidadas que se perciben cada día más alejadas.

2. RÍO DE JANEIRO: LA CIUDAD DIVIDIDA

La continuación de esta reflexión pasa precisamente por un cuestionamiento sobre esa misma noción de negatividad. Aun manteniendo las condiciones hiperdegradadas preexistentes como punto de partida, debemos preguntarnos si es posible la transposición de estas inercias en un impulso afirmativo que habilite para la acción. ¿Es posible experimentar en el territorio de lo informal transformaciones positivas que emerjan de la propia condición de límite de estas ciudades?

Para responder a estas preguntas debemos situarnos en una posición más concreta. Iniciábamos nuestra aproximación a la informalidad enunciando una serie de los posibles nombres empleados para designar estas manifestaciones informales, pero sería absurdo obviar aquello que se oculta tras el hecho de decir *slum* o decir villa miseria. El surgimiento, el desarrollo y el mantenimiento de cada una de las expresiones de lo informal responde a implicaciones geopolíticas, económicas, sociales o incluso ambientales, bien diversas. Las especificidades intrínsecas que configuran y definen la realidad de cada asentamiento nos obligan a dejar a un lado la visión panorámica expuesta hasta ahora, para elegir una manifestación precisa de lo informal que nos permita valorar, de manera realista, las posibilidades de transformación que preexisten en estos núcleos periurbanos.

En este sentido, Río de Janeiro, con sus ya icónicas favelas, se nos ofrece como un inmenso laboratorio de acción arquitectónica, en el que la tensión que recorre el límite entre lo formal y lo informal define la verdadera imagen urbana de esta ciudad. Río sigue siendo hoy en día una potente expresión de una ciudad dividida, que, durante más de un siglo de historia, ha sido testigo de un completo muestrario de fracasos y éxitos en los intentos de rearticulación de su territorio quebrado.

Las primeras noticias de asentamientos informales en Brasil provienen de informes policiales que detectaron ocupaciones clandestinas en el conocido como Morro da Favela, ya en 1890. Tras numerosos años de negación del problema por parte del gobierno, hacia 1930 la situación de las favelas se volvió imposible de ocultar. Aun así, hubo que esperar hasta la década de 1940 para ver aparecer los primeros intentos gubernamentales de renovación física y social de estos asentamientos (Machado 2003). Estos primeros intentos, profundamente marcados por el espíritu redentor del llamado Movimiento Moderno, fracasaron de manera generalizada, anticipando las dificultades en la construcción de vivienda social en Río de Janeiro, todavía hoy vigentes.

Entre 1960 y 1975, los desalojos y las demoliciones se impusieron como forma de actuación. Se estima que, al menos, ciento setenta mil vecinos fueron evacuados en este periodo de tiempo (McGuirk 2015: 114). Y será a partir de 1970 cuando la tensión se torne prácticamente insostenible. Durante estos años la organización USAID⁵ presentó su programa de actuación sobre la ciudad de Río de Janeiro, basado en dos líneas estratégicas básicas: la urbanización y la erradicación. El profundo rechazo hacia estas estrategias manifestado por los habitantes de las favelas afectadas generó numerosos estallidos de violencia que agravaron la brecha existente entre *favelados* y gobierno. Además, las soluciones de realojo en promociones de vivienda masiva, como la popular Cidade de Deus, no tardaron en quedar convertidas en nuevos asentamientos informales. Mientras las medidas institucionalizadas fracasaban una tras otra, el narcotráfico fue estableciendo un gobierno paralelo, que llegó a asumir el control de la mayoría de los asentamientos (Machado 2003). La presencia extendida del crimen y las drogas en el territorio de las favelas quedó constituida como una herramienta divisoria más, que, amparada por el discurso de la seguridad, aseguraba la negación continuada de la *cidade* a aquellos que habitan las áreas degradadas; y las actuales polémicas operaciones de «pacificación» son una muestra más que vigente de ello.

Paralelamente, y también durante los años setenta, se produjo un cambio de paradigma en las líneas interpretativas de la realidad informal. El cambio operado consistió en la promoción de estrategias basadas en la conservación, con mejoras, de los núcleos informales. Las propuestas de conservación supu-

⁵ USAID (por sus siglas en inglés) es la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional y desarrolla proyectos de cooperación en Brasil desde 1962.

sieron un claro rechazo a las corrientes de erradicación anteriores, al reconocer en los asentamientos informales ciertas características propias —como la autogestión y la autoconstrucción— que merecían ser preservadas.

Sin embargo, el movimiento por la conservación se vio rápidamente truncado. Más allá de la ineficacia de los planes propuestos (McGuirk 2015: 116), interesa comentar el perverso giro operado por las políticas neoliberales, en su particular movimiento de exaltación de las prácticas de autogestión. A finales de la década de 1980, las estrategias gubernamentales de «urbanización y servicios» fueron abruptamente sustituidas por iniciativas de privatización del mercado de la vivienda. La creación de títulos de propiedad en las áreas hipergradadas activaría, supuestamente, un capital informal, hasta entonces sumergido, liberando a gobiernos e instituciones de la carga de la intervención. El neoliberalismo confió en las fuerzas del mercado como reguladoras del desequilibrio social, lo que, como bien sabemos hoy, derivó en un notable incremento de la desigualdad (Davis 2014: 97-111).

3. LA CONSOLIDACIÓN DE LO INFORMAL: FAVELA-BAIRRO

En cualquier caso, y pese a la larga serie de fracasos, el camino para la reconsideración de la favela como una parte constitutiva de la ciudad ya había sido abierto. En este contexto, y tras muchos años de esfuerzos técnicos, surge en el año 1994 la iniciativa Favela-Bairro.⁶ Este programa municipal —uno de los más ambiciosos en el tratamiento de la informalidad que Latinoamérica haya conocido hasta la fecha— supuso una verdadera transformación en las líneas estratégicas para la intervención sobre las favelas, al desplazar el peso de las intervenciones hacia la necesidad de integración de las áreas degradadas. El arquitecto Jorge Mario Jáuregui —participante activo de este programa desde sus inicios— señala:

⁶ El programa Favela-Bairro, conducido por la Secretaría Municipal de Habitación de Río de Janeiro, activó un amplio programa de recuperación de la ciudad informal basado en la construcción de infraestructuras y equipamientos públicos para la transformación de las favelas en verdaderos barrios. Apoyado por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), este programa —que se encuentra en su tercera etapa de ejecución— promueve intervenciones de mejora sobre el espacio público (drenaje, alcantarillado, red viaria, equipamientos...) al tiempo que potencia la participación comunitaria y la cohesión social.

La cuestión no es tanto de «inclusión», pues ellos ya «son» parte de la ciudad, se los reconozca o no. El problema consiste precisamente en reconocerles el derecho de participar de todos los beneficios de la urbanidad como el resto de los ciudadanos. Lo que exige transformar estas áreas incorporándoles calidad urbanística y arquitectónica, con todos sus servicios complementarios (Jáuregui 2012:54).

La identificación del problema de las favelas como una cuestión de reconocimiento deriva en la propuesta de una serie de intervenciones que encuentran en la articulación socioespacial su eje vertebrador. En este sentido, una aproximación a las tareas desarrolladas por Jorge Mario Jáuregui en el propio marco de Favela-Bairro nos permitirá establecer un nexo con la lectura afectiva de la ciudad que estamos persiguiendo.

Si atendemos, en primer lugar, a la metodología de trabajo de este arquitecto, observamos cómo esta se sustenta sobre dos premisas básicas. Por un lado, una inclusión radical de la comunidad en cada una de las fases de proyecto; esto es, desde el planteamiento de la idea, hasta el seguimiento de la obra en uso, una vez finalizadas las tareas de construcción. Por otro lado, un análisis exhaustivo del lugar que permita descubrir las potencialidades y deficiencias de cada proyecto concreto (Jáuregui 2012: 132-134). Para cumplir adecuadamente con estas premisas, Jáuregui se ha rodeado de un equipo interdisciplinar compuesto por ingenieros, arquitectos, urbanistas, sociólogos, trabajadores y educadores sociales, y personal sanitario. La intervención sobre la ciudad dividida requiere de un proceder extremadamente cuidadoso y preciso, que sea capaz de responder a las múltiples complejidades que definen estos contextos de conflicto, creando conexiones activas entre el tejido social y el espacio construido.

En cuanto a las intervenciones concretas que realiza este equipo, podemos nuevamente distinguir dos líneas estratégicas de intervención: una física y otra simbólica. La línea de intervención física comprende, en primer lugar, las actuaciones de mejora en el interior de la propia favela. Encontramos aquí un amplio abanico de operaciones, tales como: la mejora en las aceras y calzadas para favorecer los recorridos; el soporte a la gestión de impuestos; las dotaciones de servicios, como electricidad, agua o internet; la creación de equipamientos públicos, como centros de día, escuelas, guarderías o centros de atención médica; y, también, la creación de puntos de encuentro y dinamización social, mediante la construcción de campos de fútbol o escuelas de baile. Inscrita en esta línea de intervención física aparece también una preocupación

por promover operaciones que permitan reactivar la relación de los asentamientos informales con el centro de la ciudad. Así, la potenciación de las comunicaciones —mediante la mejora en los accesos peatonales y rodados—, la implementación de transporte público y la ubicación de algunos de los equipamientos clave en el límite mismo de la ciudad consolidada van poco a poco desdibujando la barrera que separa estas dos formas de vida urbana.

La línea de actuación simbólica se basa, por su parte, en microintervenciones que suponen, sin embargo, un fuerte impacto para la comunidad. Pequeños gestos, como el de dar nombre a las calles o numerar las edificaciones, fomentan una identificación de los habitantes de las favelas con un entorno que empieza a ser vivido como propio.

4. LA TERRITORIALIDAD VIVIDA

Las intervenciones desarrolladas en el marco de la actuación Favela-Bairro han dado como resultado una verdadera transformación en los modos de relación con el lugar, a partir de los cuales ha sido posible establecer nuevos mecanismos para la afirmación de la identidad. La mejora de las condiciones materiales, junto con la posibilidad que se ofrece de participar activamente en el diseño del entorno inmediato, han generado vínculos, tanto personales como colectivos, de pertenencia a un espacio con el que resulta posible identificarse.

Cabe aclarar que el desarrollo de estos vínculos depende sustancialmente del grado de implicación comunitaria que se alcance. Tras los más de diez años que este programa lleva en curso, se ha podido demostrar que la voluntad de participación de los habitantes es un marcador diferencial a la hora de definir el éxito o el fracaso de los proyectos realizados. La oportunidad de ser parte activa de los procesos urbanos de mejora consigue fortalecer el tejido social, algo que resulta fundamental a la hora de proceder con el ejercicio de recomposición de la ciudad dividida.

La importancia que experiencias como Favela-Bairro otorgan a la implicación colectiva nos conduce hacia una definición ampliada de la territorialidad que no se restrinja a las características geográficas, físicas o topográficas del medio. Las posibilidades de identificación personal con un lugar permiten abordar la territorialidad como una manifestación compleja, determinada también por relaciones de poder, relaciones sociales e, incluso, relaciones personales y cotidianas (Jáuregui 2012: 33).

La propia condición de informalidad que reside en la favela se torna un factor fundamental en la vivencia de esta definición ampliada de territorialidad. Su posicionamiento al margen, su estar fuera de las normativas de planificación vigente, posibilitan la aparición de una lógica espacial propia que se inventa y redefine casi constantemente; una lógica que nos hace recordar inevitablemente el concepto de espacio liso que Gilles Deleuze y Félix Guattari enunciaran en *Mil mesetas*:

Espacios lisos surgen de la ciudad que ya no son únicamente los de la organización mundial sino los de una respuesta que combina lo liso y lo agujerado, y que se vuelve contra la ciudad: inmensos suburbios cambiantes, provisionales, de nómadas y de trogloditas, residuos del metal y del tejido, *patchwork*, que ya ni siquiera son afectados por el estriaje de la moneda, del trabajo o de la vivienda (Deleuze y Guattari 2012: 490).

La emergencia del espacio liso configura territorios no delimitados, abiertos, no codificados, múltiples, variables y heterogéneos. Al pensar en la heterogeneidad del paisaje cambiante e irregular dibujado por las favelas de Río de Janeiro, el paralelismo morfológico queda establecido. Pero tratemos de ir más allá del mero análisis morfológico. El espacio liso fue también definido por estos pensadores como un espacio intenso, un espacio ocupado por acontecimientos y afectos (Deleuze y Guattari 2012: 487). Un espacio que, para ser comprendido, debe ser recorrido, vivido, apropiado, imaginado... Como ocurre en el terreno de lo informal, la serie de acciones que se necesitan para configurar estos espacios lisos requieren, necesariamente, de una subjetividad implicada. Deleuze y Guattari encontraron en la figuración del nómada un modelo de sujeto adecuado para hacer suyo estos espacios de desierto. Tradicional habitante del Afuera, el nómada se nos presenta como una entidad subjetiva en permanente proceso de reestructuración, una entidad cambiante, capaz de interactuar y responder activamente a los estímulos —tanto externos, como internos— que la recorren (Deleuze y Guattari 2012: 359-431).

En relación con el territorio de la informalidad, la relectura contemporánea de este modelo de subjetividad alternativo que la filósofa Rosi Braidotti está realizando, resulta muy interesante. Braidotti (2009) define al nómada como una subjetividad profundamente situada, es decir, como una subjetividad marcada por una voluntad de implicación con su realidad espacio-temporal concreta. Esta voluntad, activada por la naturaleza relacional del nómada, convierte a

este modelo de sujeto fragmentado y frágil en un agente activo en la definición de su contexto inmediato. Sumergido en un mundo de interconexiones, el nómada de Braidotti reacciona, explorando los límites de lo posible, para asumir afirmativamente el encuentro, la diferencia y el cambio.

Las implicaciones políticas —o micropolíticas— que pueden ser asociadas a este modelo de subjetividad resultan evidentes. La subjetividad nómada encuentra en lo cotidiano estímulos impersonales que la empujan, más allá de lo establecido, para producir alteraciones creativas, generativas y desestabilizadoras de las bases. Así, el proceso de devenir nómada, trasladado a lo informal, podría servir como impulso para la movilización de aquellas subjetividades implicadas que son necesarias para promover transformaciones efectivas. Resulta necesario aclarar que el posicionamiento afirmativo que Rosi Braidotti defiende, no pretende, en ningún caso, negar las implicaciones negativas que inundan el contexto contemporáneo. El devenir nómada de lo informal no debe entonces ser interpretado como una negación de las condiciones extremas que preexisten en estos asentamientos informales. Al contrario, esta forma concreta del devenir permitirá acoger las contradicciones, los conflictos y las tensiones como un punto de partida sobre el que situarnos para afrontar la reconstrucción socioespacial de estos territorios fracturados.

5. CONCLUSIONES

A la luz de los datos que conocemos, la ciudad informal va a seguir expandiéndose de manera irrefrenable, y son numerosas las condiciones extremas que van a seguir determinando este tipo de asentamientos. Intervenciones como las de Río de Janeiro ponen de manifiesto la cantidad de trabajo que aún queda por hacer. Y, sin embargo, nos muestran también cómo la reconsideración de lo informal como un espacio con potencialidades que deben ser conservadas permite abrir una vía para repensar la naturaleza olvidada de estas ciudades. La transformación de la ciudad informal es hoy una necesidad urgente; como urgente es, a su vez, empezar a proponer lecturas exhaustivas del territorio capaces de desvelar las dinámicas preexistentes que puedan orientar las actuaciones de mejora en las áreas degradadas.

La propuesta de aproximación a la ciudad informal como un campo afectivo permite proyectar sobre estas realidades una mirada otra que ayude a explorar las complejas relaciones que entre el territorio vivido y los mecanismos

identitarios llegan a establecerse. La territorialidad asumida en un sentido ampliado sitúa la dimensión subjetiva de la ciudad en un mismo nivel de importancia que su dimensión física. El reconocimiento de esta dimensión subjetiva asegurará la necesaria inclusión de los habitantes en el proceso de recomposición de su entorno vivido.

El pensamiento nómada trasladado a la informalidad supone, por su parte, la apertura de un espacio conceptual alternativo desde el que se pueden plantear interpretaciones no lineales de este fenómeno urbano. El proceder desestructurado del nómada, su estar en tránsito continuo, entroncan directamente con la naturaleza cambiante de las áreas informales. El habitante de los márgenes, que Deleuze, Guattari y Braidotti nos introducen, ha aprendido a apropiarse del desierto haciéndolo devenir un espacio intenso. Esta reflexión considera que la transposición de la negatividad que cohabita las ciudades informales puede también ser activada a partir de la acción intensa promovida por subjetividades implicadas.

La ciudad dividida, la ciudad olvidada, la ciudad negada, fracturada, quebrada... Estas y muchas otras definiciones negativas continuarán acompañando la emergencia de la ciudad informal, y, sin embargo, seguiremos percibiendo esa tensión contenida, que —dispuesta a estallar en cualquier momento— recorre los límites cada vez más difusos entre los núcleos consolidados y las áreas informales; esa tensión que sacude los discursos urbanísticos vigentes, poniendo en crisis las definiciones de ciudad que conocemos. Detengámonos, pues, ante estas ciudades. Detengámonos ante el potencial desestabilizante que emerge de estos lugares en disputa para conseguir operar verdaderas transformaciones que no destruyan los equilibrios y cualidades existentes. Detengámonos por un instante para comenzar a trazar de nuevo unos recorridos intensos, que, como al nómada, nos permitan re-significar estas formas urbanas de desierto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BRAIDOTTI, ROSI (2009). *Transposiciones: sobre la ética nómada*. Barcelona: Gedisa.
- BRAIDOTTI, ROSI (2014). *The Posthuman*. Cambridge: Polity Press.
- DAVIS, MIKE (2014). *Planeta de ciudades miseria*. Madrid: Akal.
- DELEUZE, GILLES; GUATTARI, FÉLIX ([1980] 2012). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.

- GEDDES, Patrick ([1910] 2009). *Ciudades en evolución*. Oviedo: KRK.
- JÁUREGUI, Jorge Mario (2012). *Estrategias de articulación urbana*. Buenos Aires: Nobuko.
- MACHADO, Rodolfo (2003). «Memoir of a visit». Rodolfo Machado (ed.). *The Favela-Bairro Project*. Cambridge: Harvard University Graduate School of Design, 9-15.
- MARTÍN-SANTOS, Luis ([1961] 2013). *Tiempo de silencio*. Barcelona: Austral.
- MCGUIRK, Justin (2015). *Ciudades rebeldes: un viaje por la nueva arquitectura latinoamericana*. Madrid: Turner.
- TURNER, John F. C. (1977). *Vivienda, todo el poder para los usuarios*. Madrid: H. Blume.